

## **Palabras introductorias del cardenal Robert Sarah**

San John Henry Newman escribió a mediados del siglo<sup>XIX</sup>: «Hay un tiempo para el silencio y un tiempo para la palabra; y ha llegado el tiempo de la palabra... Deseo un laicado [...] erudito y bien instruido. Deseo que aumentéis vuestro conocimiento y cultivéis vuestra razón; que percibáis bien las relaciones entre una verdad y otra...». Estas palabras estaban dirigidas a los laicos que acudían a formarse al Oratorio de Birmingham, que él mismo había fundado, y también se dirigen a los laicos del siglo<sup>XXI</sup>. También hoy «ha llegado el momento de hablar», y también hoy la Iglesia tiene una necesidad urgente de laicos formados en la fe para que, con su palabra y su testimonio, hagan frente al error y a los ataques abiertos contra la Verdad, que es Cristo, que surgen tanto fuera como dentro de ella.

La formación necesaria de la que habla el cardenal Newman implica también una formación en la liturgia, que ocupa un lugar central en la teología y en la vida de la Iglesia, entendida no solo como una serie de ritos y ceremonias, sino como una expresión fundamental de la fe y un medio por el cual los bautizados participan activamente en el misterio de Cristo. De hecho, la liturgia celebrada por la Iglesia en la tierra no es simplemente un acto humano, sino una representación simbólica de la liturgia celebrada en el cielo, donde los ángeles y los santos alaban a Dios en una alabanza perpetua. Nosotros, los hombres, nos unimos a esta liturgia celestial en la celebración de la adoración divina.

El pseudónimo Dionisio el Areopagita enseña que la liturgia tiene un carácter profundamente simbólico. Cada rito, cada gesto, cada palabra tiene un significado que trasciende lo visible y remite a realidades espirituales superiores. Los sacramentos y los ritos litúrgicos son vehículos que, a través de símbolos, permiten a los creyentes acceder a la presencia divina. Por eso, formarse en la liturgia, al igual que formarse en la fe, es también profundizar en la comprensión de las realidades divinas que no podemos percibir con nuestros sentidos, pero de las que somos herederos por el bautismo.

Pero, ¿cómo pueden los laicos profundizar su conocimiento de la liturgia si no hay profesores que, basándose en la solidez de un estudio científico serio, puedan enseñar su historia, su desarrollo y su significado? Cuando estas funciones de investigación y enseñanza no están adecuadamente garantizadas por las instituciones encargadas de ellas, es deber de los laicos promover iniciativas que estimulen este conocimiento que, una vez más, no es otra cosa que la profundización de la fe de los apóstoles que hemos recibido como un don de Dios.

El Centro Internacional de Estudios Litúrgicos, una institución compuesta principalmente por laicos, cumple esta función desde hace más de veinticinco años. En los coloquios anuales que organiza, especialistas en diferentes aspectos de la liturgia se reúnen para presentar sus investigaciones y debatirlas. En otras palabras, se trata de promover el conocimiento de la fe católica en el ámbito del culto. Este aspecto es especialmente importante hoy en día. En un mundo cada vez más definido por el materialismo, el secularismo y la creencia en lo tangible, la importancia del culto sagrado se vuelve crucial. Vivimos en una época en la que lo que no se puede medir, ver o percibir con los sentidos se rechaza fácilmente como irrelevante o inexistente. Incluso dentro de la Iglesia, la Santa Misa, cumbre de la liturgia, se considera a veces como una simple reunión fraternal, de la que se excluyen todos los elementos que no pueden explicarse racionalmente o que no tienen una utilidad inmediata. En este contexto, el estudio de la liturgia implica una profunda afirmación de la dimensión trascendente de la realidad, una realidad que va más allá de lo que nuestros sentidos pueden captar y que apunta hacia lo eterno y lo divino.

En este sentido, el culto sagrado se convierte en un acto de resistencia espiritual. «Ha llegado el momento de la palabra», decía el cardenal Newman. En una sociedad que a menudo solo celebra lo inmediato, lo pragmático y lo sensorial, el acto de adoración que realizamos en la celebración de la Santa Misa es una declaración contracultural.

La publicación del tercer volumen de las Actas del CIEL, que recopila las investigaciones realizadas por especialistas en los diferentes ámbitos de la liturgia, es precisamente una acción concreta destinada a profundizar en el conocimiento del culto divino y a formar a los sacerdotes y laicos en este aspecto fundamental de nuestra fe. Tales iniciativas son contribuciones aún más valiosas y necesarias en una época en la que «ha llegado el tiempo de la palabra».

Cardenal Robert Sarah